

La escalofriante predicción de George Orwell se ha hecho realidad: es hora de tomar una posición.

*La censura de libros, estatuas e historia es un intento de erradicar el pasado y
hacer valer un único punto de vista.*

By Simon Heffer

¿Qué hay en el pasado que algunos jóvenes encuentran insoportable? Después de todo, nadie espera que ellos vivan a través de él. En efecto algunos de nosotros encontramos el presente infinitamente peor.

El vandalismo de los escritos para niños de Roald Dahl por parte de “lectores sensibles” para hacerlos “adecuados”, ha traído la perversidad de reescribir, o eliminar, el pasado y la evidencia de este al frente de nuestro discurso.

Esto también llevaría a Dahl (con quien una vez pasé una velada: no era Violeta encogida) a revolverse en su tumba. Lamentablemente, va mucho más allá de los libros para niños y, desafortunadamente, de los libros en general: películas, estatuas, programas de televisión, de hecho, completas ideas históricas ahora deben modificarse para complacer a los principiantes sin educación e inexpertos, si es que se les permite entrar en la arena pública.

¿Somos realmente tan delicados? ¿Por qué tolerar esta locura? George Orwell, a quien la Policía Del Pensamiento (un término que inventó en *Mil novecientos ochenta y cuatro*) aún no se le ha aplicado, escribió en esa misma novela sobre una Gran Bretaña en la que “todo registro ha sido destruido o falsificado, cada libro reescrito, cada imagen ha sido repintada, cada estatua y edificio de la calle ha sido renombrado, cada fecha ha sido alterada. Y el proceso continúa día a día y minuto a minuto. La historia se ha detenido. Nada existe excepto un presente sin fin en el que el Partido siempre tiene la razón”.

Hemos llegado a nuestro propio presente interminable, o Año Cero, donde el registro, histórico y de otro tipo, se falsifica fácilmente. Sus reglas están diseñadas para prevenir lo que esa minoría arrogante y egoísta que se siente obligada a vigilar y alterar los pensamientos del resto de nosotros considera un delito supremo: ofender.

La mayoría de nosotros nos hemos pasado la vida encontrándonos con cosas que, si nos obsesionáramos con nuestro amor propio, podrían ofendernos profundamente. Fuimos entrenados para ignorarlos y seguir con la vida.

Ahora, repentinamente, no podemos estar seguros para hacer eso.

Por lo tanto, los libros, el arte, las películas y los programas de televisión deben ser censurados o suprimidos, las estatuas derribadas como si las vidas que conmemoran nunca hubieran existido, las calles y los edificios deben ser renombrados para erradicar a los criminales del pensamiento. Como Pol Pot, esa minoría siente el deber moral de borrar el pasado para alcanzar el Año Cero. Lamentablemente para nosotros, sus principales cualidades son una arrogancia autoritaria, una profunda ignorancia de la historia y una profunda incomprensión de la idea de libertad que pocos de nosotros compartimos.

Esto es por lo que la estatua del ex esclavista Sir Edward Colston fue arrojada al agua en Bristol, por lo que los extremistas en Jesus College Cambridge (incluido el bobo obispo de Ely) querían que el monumento a Tobias Rustat fuera arrancado de la capilla de la universidad y por lo que otros quieren retirar la efigie de Cecil Rhodes del Oriel College,

Oxford, para castigar su colonialismo.

El año pasado, el distrito londinense de Haringey rebautizó a Black Boy Lane como "La Rose Lane" por John La Rose, "un campeón de la historia negra y la igualdad". Sin embargo, los nuevos y costosos letreros (todo la operación, incluida la compensación a los residentes (ninguno de los cuales quería que se cambiara el nombre) costaron 186.000 libras esterlinas), todos dicen: "anteriormente Black Boy Lane".

Cassland Road Gardens en Hackney, que lleva el nombre del traficante de esclavos John Cass fue, y ahora es Kit Crowley Gardens en honor a un medio barbadense "héroe de la comunidad" que experimentó "la pobreza y el racismo".

Una sugerencia para que el Ayuntamiento de Brent cambiara el nombre de Gladstone Park en honor a Diane Abbott, debido a los vínculos de la familia Gladstone con la esclavitud, hasta ahora no se ha tomado en cuenta.

La estatua de Churchill en Parliament Square se considera un objetivo justo para los vándalos porque favoreció el gobierno británico en la India: derrotar a Hitler es una consideración menor para los ignorantes históricos. Por otra parte en el mundo del arte, la Tate Britain está reordenando sus pinturas para poner a las mujeres en el centro de su exhibición.

Los censores autoproclamados no son nuevos. En 1807 Thomas Bowdler, un Médico, publicó la primera edición de *La familia Shakespeare*, en la que su hermana Henrietta Maria había "editado" 20 de sus obras poéticas para eliminar la inmoralidad o la indecencia, una tarea que debe haber hecho vapor este proto-copo de nieve. Eliminó alrededor del 10 por ciento del texto, dejando algo que pensó que las mujeres y los niños pudieran leer inmaculadamente. El mismo Bowdler asumió una tarea aún más salada, saneando la *Decadencia y caída del Imperio Romano* de Gibbon. Al menos aún se podía comprar Shakespeare y Gibbon sin expurgar si se lo deseaba: los últimos georgianos creían en la elección.

Sin embargo, en el siglo pasado todavía hubo supresiones: no fue hasta casi 15 años después de su publicación que el *Ulises* de James Joyce, considerada por muchos como la mejor novela en nuestro idioma, pudo ser comprada en Gran Bretaña; no fue sino hasta después de la guerra que se permitió el anodino cuento lésbico de Radclyffe Hall de 1927 *El pozo de la soledad*. El juicio de Lady Chatterley en 1960 finalmente permitió a los hombres considerar permitir que sus esposas y sirvientes leyeran ese libro, y cambió todo.

Pensábamos que todos habíamos crecido: qué equivocados estábamos.

En cambio, un sector de la sociedad con una gran responsabilidad en la preservación de la libertad de expresión y del discurso, el comercio editorial, ahora sacrifica voluntariamente sus principios históricos, por los cuales la gente alguna vez corría el riesgo de ir a prisión, para censurar libros. Conozco a un novelista y un científico social, ambos de gran prestigio, que no pueden encontrar editores dispuestos a publicar los libros que quieren escribir, por temor a que esas obras puedan ofender a la camarilla santurrón. Hace 10 años se habrían publicado sin reparos.

El caso reciente más escandaloso es el del Profesor Nigel Biggar, el académico de Oxford cuyo libro *Colonialism: A Moral Reckoning* fue aceptado por Bloomsbury, que luego, vergüenza sea para ellos, decidió no publicar. William Collins lo hizo y ahora es un éxito de ventas (y uno se imagina que las ediciones de Dahl sin censura también se venden como pan caliente).

A la gente le gusta la discusión y en una sociedad libre merece que se la permitan: no quiere que un joven ofendido les diga que no saben leer, aprender y discutir algo, como

los victorianos escondiendo las patas de la mesa. El libro del profesor Biggar cometió el crimen de afirmar una verdad simple: que el Imperio Británico hizo cosas buenas y malas. La hostilidad con la que tal afirmación se enfrenta hoy en día es enloquecida: es literalmente indiscutible.

De hecho, una de las principales motivaciones para borrar el pasado y crear un presente interminable es la determinación de una generación joven de británicos (irónicamente, casi todos blancos y con una educación costosa) de hacer que sus compatriotas británicos se odien a sí mismos por su herencia. Sin duda, hay mucha indignación por venir.

En el pasado, nuestra gente escribió libros que se burlaban de las minorías (piense en el tratamiento de Dickens de Fagin en *Oliver Twist*, o Trollope de Melmotte en *The Way We Live Now*, o casi cualquier cosa de Carlyle.

En poco tiempo, un "lector sensible", alguien con una mentalidad incomprensible para la mayoría de nosotros, decretará que es mejor que no leamos estos trabajos en absoluto. El clima ha cambiado violentamente, precisamente porque lo hemos permitido.

Los repetidos canales de televisión advierten a los televidentes que pueden encontrar "lenguaje y actitudes" que encuentran ofensivos: pero al menos, por ahora, estos programas todavía se muestran. No hay repeticiones de *It Ain't Half Hot Mum*, porque un actor se desmayó en ella (el hecho de que el objetivo principal de la sátira fuera el ejército británico, y su clase de oficiales, parece no haberse registrado). Tampoco se puede mostrar *Hasta que la muerte nos separe*, a pesar de que Johnny Speight, su escritor, era un izquierdista que deseaba resaltar el racismo a través de su brillante creación, *Alf Garnett*. Con mucho, la mejor película de *Carry On, Up the Khyber*, no puede aparecer porque Kenneth Williams y Bernard Bresslaw se disfrazan de Khasi de Kalabar y su secuaz Bungdit Din, se burla del odiado Raj. Y el fiel Labrador de Guy Gibson en *The Dam Busters* tiene su nombre fuera de tono.

La noción de que si no te gusta, no tienes que verlo está más allá de nuestros censores. Su pomposa santurronería sobre los "espacios seguros" en sus universidades nunca fue cuestionada: sus profesores vivían con miedo de ellos, en caso de que la mafia estalinista de Twitter los atacara y destruyera sus carreras (lo que casi le sucedió al profesor Biggar, y le ha sucedido a otros, generalmente por criticar la locura de las políticas de identidad). Infligen su locura de control a sus mayores, quienes están igualmente aterrorizados de contradecirlos.

No se debe dejar de decir con insistencia que se trata de una minoría pequeña y no representativa cuya injustificada influencia está destruyendo la libertad de expresión. Buscan distorsionar e incluso eliminar nuestro pasado, un pasado que consideran demasiado inseguro para que lo encontremos, y al hacerlo aplastan el impulso vital de la curiosidad intelectual. Esto comienza con la censura de algunos libros para niños. Si no tomamos una posición, terminarán destruyendo nuestro derecho democrático a la libertad, y antes de lo que imaginamos.

Traducción del artículo Publicado por The Telegraph el 22 de febrero de 2023

<https://www.telegraph.co.uk/news/2023/02/22/george-orwells-chilling-prediction-has-come-true-roald-dahl/>

.....

Sobre su autor: Simon Heffer es Escritor , Historiador y Biógrafo.